

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 29 Junio 1916.

Número 26.

La Caridad ⁽¹⁾

¡Oh, dulce Caridad, hija del cielo,
que cobijas á España con tu manto;
que en consolarla y enjugar su llanto
nunca desmaya tu bendito celo!

Reconozco y admiro tu desvelo,
confieso tu poder é influjo santo,
y creo firmemente que tu encanto
logra inflamar un corazón de hielo.

Mas así y todo, asáltame esta duda:
¿podrías disponer de una peseta
si te negaran su eficaz ayuda
el *jockey* y el que corre en bicicleta,
en el teatro la beldad desnuda,
la rifa, la pelota y la coleta?—1885

José Nakens

(1) Del libro CIENTO SONETOS

NOVEDAD VIEJA

«Cada día que pasa nos convencemos más y más de que España ha llegado á tal punto de indiferencia ó envilecimiento, que ni la República la salvaría si no viniese precedida de una revolución ciega, brutal, implacable, que hiciese tabla rasa de todo lo consagrado por la costumbre, reverenciado por la tradición y consentido por las leyes, lo mismo en el orden civil, que en el eclesiástico, que en el judicial, que en el administrativo.»

Así exclamarían seguramente los pocos demagogos de la antigua escuela que andan aún trasconejos por esas guardillas, al leer lo que el ministro de Hacienda dijo en la sesión del Congreso del sábado último, acerca de las fabulosas ganancias que vienen realizando las Sociedades navieras de Bilbao desde que la guerra europea comenzó. Una de ellas, según él, ha ganado (?) tres millones de pesetas, con dos de capital.

Y dijo el ministro esto, porque al anunciarse que iba á hacerles tributar cinco céntimos por cada peseta que han *apandado* legalmente con el sudor de la frente de los obreros, habían echado las patas por alto y pretendido burlar la ley que iba á discutirse, anticipándose á disolver las Sociedades artificialmente, añadiendo el ministro, que un pobre pejugalero paga en proporción al Estado mucho más que esos capitalistas.

La noticia no es nueva, pero bueno es que haya salido de labios de un ministro, para que los imbéciles hijos de Juan Lanas (el Pueblo), se enteren de una vez que este es un país de ladrones legales, y que á estos es imposible estirparlos como no sea por una manifestación energética de la ira popular. De aquí mi modesta opinión de que ni la República podría salvarnos sin venir precedida de ella.

Si no hay otra manera de limpiarlos de ladrones honrados, de estafadores integérrimos, de ocultadores de la propiedad dignísimos y de defrau-

dadores del Estado patriotas, todos perfectamente ahorcables, pero todos hombres de orden y acendradamente religiosos.

Esto último sobre todo. No hay uno de ellos que no vea en el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, un símbolo para multiplicar el capital, no para los demás, sino para sí propio; y en el misterio de la Trinidad otro símbolo para sustraer por lo menos al pago de los impuestos las dos terceras partes de lo que poseen, puesto que tres es igual á uno.

La religión les sirve admirablemente para echarle zancadillas á la conciencia como creyentes, al honor como hombres y al deber como ciudadanos.

El muerto al hoyo

¿Qué es eso? ¿Un escritor muerto?
Puede el baile continuar.

Castrovindo ha hablado en el Congreso de la muerte de Santos Muñoz en la cárcel de Barcelona, pero como aquí ya nadie se indigna por nada (salvo cuando le tocan al bolsillo) se conoce que todos se han dicho que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo? y el muerto al hoyo y el vivo al bollo. (La palabra vivo puede emplearse aquí en las dos acepciones más corrientes hoy: la de vivir y la de *saber vivir*.)

Y sin embargo de esto, y de la general indiferencia de la Prensa, la muerte de ese periodista en la cárcel da la medida de la falsa idea que hay en España de la significación de la palabra justicia, que en ningún caso debe confundirse con la de Ley. El que ésta disponga que vaya á la cárcel un hombre por el delito de manifestar una opinión, no supone que sea justo encerrarlo.

Porque vamos á suponer que Santos Muñoz faltase realmente á una ley cualquiera al escribir el artículo que dió pretexto para encarcelarlo. ¿Qué males hubieran sobrevenido por dejarle en libertad provisional hasta que el fallo del tribunal competente hubiese demostrado que efectivamente había delinquido?

Que hubiera podido entonces marcharse al extranjero. Es posible. Pero si lo hace ¿qué? Un delincuente convencional que se escapa en un país donde viven sin que nadie se meta con ellos tantos criminales indis-

tibles, no hubiera hecho oscilar ni un adarme la desvencijada balanza de la Justicia. ¡Vaya un motivo para alarmarse!

No obstante opinar de este modo, nada diría sobre la prisión preventiva de los periodistas, si no se concediera fácilmente la libertad provisional bajo fianza á timadores, enterradores, carteristas y otros *que manifiestan su opinión sobre la propiedad* apoderándose de lo ajeno. Toda ley, aun siendo dura y aun siendo injusta, indigna menos cuando se aplica por igual. ¿Mas por qué esta diferencia en favor del que delinque por robar y el que se excede al opinar?

Mas no insisto en esto. ¿Para qué? Si la Prensa no alza el grito ante esta enormidad, y en el Congreso se oye á Castrovido con indiferencia, es inútil cuanto yo diga. Y me voy cansando ya de predicar en desierto.

Una vaga esperanza abrigo á ratos. Que la *Liga de los derechos del hombre* se decida á perder su virginidad, haciendo algo esta vez.

Mas ¡ay! sospecho que ha fallecido. ¡Hace tanto tiempo que no oigo hablar de ella!

¡Qué desgracia la nuestra! Ni las sociedades inútiles pueden subsistir ya en este país desventurado.

No sé qué va á ser de nosotros.

España la neutral...

Un submarino de guerra alemán ha tenido la feliz ocurrencia de presentarse inopinadamente en el puerto de Cartagena. Llevaba hundidas más de cincuenta naves mercantes, según diz que dijeron al público sus tripulantes. A su salida, nuevos barcos mercantes han sido echados á pique, créese que por el propio submarino.

A este propósito, los parciales de uno y otro bando beligerante han evocado la cuestión de la *neutralidad* sacando conclusiones contrarias; aplaudiendo unos, protestando otros: así de la aventura alemana, como de la neutralidad española.

Ciego será quien no vea en la dulce y beatífica pasividad de nuestro Gobierno, un ejemplo heroico y sublime de neutralidad: ejemplo que deja atrás los de Sagunto y Numancia; las hazañas contra los árabes y contra Napoleón; las glorias todas de nuestra gallardía nacional. Ejemplo de una hiper-super-cultura, cien veces aventajada á la suprema cultura alemana.

Las gentes de mundano juicio y faltos de cristianos sentimientos, no se explican esta valentía española. ¿Fusilan españoles en Lieja? Nosotros neutrales. ¿Los submarinos echan á pique barcos de nuestra marina? Más neutrales todavía. ¿Nos matan á Granados? Más neutrales cada vez. ¿Que

luego un submarino visita nuestro puerto? Bienvenido.

No gritéis, germanóforos, ni os entusiasmeis, germanófilos.

Esta conducta española, no es acto de política, sino de religión.

Es la práctica sublime del más sublime precepto: «amad á los que os odian; pagad con bien al que os causa mal; bendecid al que os agravie; si te dieran una bofetada en la mejilla izquierda, replica ofreciendo la derecha».

Esta es neutralidad sublime, admirable y encantadora, y sobre todo, cómoda.

¿Los gobiernos... el Estado... los políticos... las Cortes?... ¿Qué tienen que ver con eso!... ¿Acaso están ellos en Lieja ó corren riesgo de ser fusilados? ¿Acaso se embarcan, con peligro de ser echados á pique? ¿Acaso disminuye el presupuesto, ó el sueldo de los empleados, ó padece la cocina ó la mesa de los prohombres?

Por esto, con muchísima razón, cuando venga los alborotadores á gritar *¡Venganza, venganza!*, respondan muy á tiempo y cuerdamente:

—Ahí nos las den todas. Nadie nos apeará del burro de la neutralidad. Así nos asen. ¿Que en México?... Sí, sí... ya sabemos. No haber ido á México... ¿Que en el Brasil?... Enterados; no haber salido de España. ¿Que Granados?... ¡Ya!, haberse quedado en casa.

¿Que ahora los submarinos?... Corriente. Allá ellos.

R. MAYOL

LA GUERRA

Perspectiva y retrospectiva

Digámoslo de una vez: Alemania está derrotada desde hace tiempo, con derrota irreparable.

Quedó derrotada el día en que sus avances fueron contenidos, cortado su ímpetu y ella enjaulada dentro de los ejércitos aliados, que formaron cerco al desbordamiento de sus huestes.

Desde entonces, su lucha gigantesca y su esfuerzo desesperado, en vez de ser ofensivos, son simplemente defensivos. Lucha por romper la jaula y por salir del encierro. Su estrategia de buscar salida por Austria, por Bulgaria y por Turquía, solo ha conducido á agrandar la jaula para encerrar otras naciones. El ligero respiro que de momento le dieron aquellas expansiones, no son compensadas por el aire que esos nuevos compañeros sorben y consumen después.

Que su lucha es admirable por su esfuerzo y que su resistencia es sorprendente, no hay que negarlo.

Si Alemania al declarar la guerra hubiese tenido por único objeto conquistar esta admiración terrible, podría darse por satisfecha: la victoria coronaría su frente desde hace tiempo.

Pero no era esta admiración y espanto del mundo lo que buscaba. Estos eran los *medios*: el fin era otro. Su empe-

ño no era ofrecer al mundo un espectáculo trágico. No era su empresa la de un atleta que se ofrece al público á ser destrozado destrozando, para impresionar los nervios de los espectadores con escenas sanguinarias. No; su empeño no era este, sino el de triunfar rápidamente, de modo que el botín de la guerra excediera el importe del capital invertido en la aventura. Este era el *cálculo*.

Este cálculo ha fallado. Aunque de súbito la suerte se enloqueciera en su favor y por ensalmo desaparecieran del campo de batalla sus enemigos, el cálculo de aquel negocio no es reparable. El estrago causado en la Humanidad, en el mismo enemigo, y en sí misma, en el pueblo alemán, es decir, en su economía y hacienda, en sus instituciones y prestigios, en el Estado y en el pueblo, en los cuerpos y en las almas, ese capital infinito no es recuperable por vía alguna. El negocio, pues, como tal está perdido, por lo pasado, aun cuando el porvenir se declarase germanófilo á ultranza.

Las cuentas del militarismo y del imperialismo han resultado falsas, fallidas sus promesas, quebrados sus capitales.

Alemania no ha hecho un negocio: ha dado un espectáculo.

¿Por qué sigue luchando?

Desde el momento en que las naciones contrarias formaron lazo corredizo y la envolvieron, toda lucha es contraproducente; todo esfuerzo conduce á la estrangulación.

Al fallar el cálculo militarista, debió presentarse este *cálculo político*. ¿A qué conduce la resistencia? ¿A probar de agotar al enemigo, con el propio agotamiento? ¿Qué política es esta?

Alemania tiene experimentado que los demás pueblos responden á su *derecho de matar muriendo*, proclamando el deber de *morir matando*. Los que colocan *la vida en la muerte*, han debido ver que obligaban á los demás á colocar *la muerte en la vida*.

También los aliados saben matar y saben morir; esto está demostrado. Y después de tal demostración ¿qué necesita Alemania para rendirse, no al enemigo, sino á su conciencia? ¿No á los aliados, sino á la Humanidad?

En dos años no ha logrado más que forjarse el cinturón de hierro que la aprisiona. El cinturón va á apretarse desde ahora. Los rusos empujarán por un lado; por otro los italianos; contiéndose firmes los franceses; los ingleses han robustecido el lado del mar. Ni por mar ni por tierra el cinturón se ha roto cuando era más débil. A medida que se ha ido templando, se ha endurecido. Ha aumentado la resistencia del temple y el espesor.

¿A qué continuar el espectáculo?

Alemania, que no ha podido vencer á los demás ¿por qué no prueba á vencerse á sí misma? ¿Por qué esperar á que la venzan los otros, si llegan á vencerla, ó á que la venza el estrago de la victoria si venciese ella?

Esta victoria es la que tiene en sus manos y que nadie, fuera de ella, puede arrebatárle. Vencerse, antes de ser vencida.

Esta victoria del gigante sobre sí mismo, de la conciencia sobre la desesperación, de la sabiduría sobre las naciones obcecadas, ese sería espectáculo de energía espiritual. Si fuese con su total sacri-

ficio, rindiéndose á discreción, su acto sería magnífico. Pudo matar más y no mató. Pudo causar mayor estrago y no lo causó. Este sería su mérito futuro en atenuación de su error pasado.

¿Continuará la guerra? ¿Hasta el último hombre, y hasta el último marco?

Esto no es cultura, ni sabiduría, sino desesperación y furia. El perro rabioso y el caballo desbocado siguen esta filosofía.

¿Para qué matar más? ¿Para qué morir más? Alemania puede estar satisfecha de la fama alcanzada.

Sólo la futura irrupción amarilla sobre la escandalosa Europa, podrá atenuar la grandeza de su espectáculo, y aun le quedará la gloria de haber enseñado á las razas incultas las artes guerreras de la suprema cultura. ¿No basta esta pirámide de horripilante memoria?

P. O.

La abulia nacional

Las facultades del espíritu son: el *sentimiento*, la *inteligencia* y la *voluntad*. El superhombre, el *genio*, en el sentimiento, es el *artista*; en la inteligencia, el *sabio*; en la voluntad, el *héroe*. Quien carece de sentimiento, es un *apático*; de inteligencia, un *idiota*; de voluntad, un *abúlico*.

Decía Costa que España es un país de eunucos; yo creo que es un país de abúlicos. Acostumbrados durante siglos á esperar todo del milagro religioso, se nos ha atrofiado la voluntad por falta de ejercicio; nos hemos hecho fatalistas. Hoy, que no se cree en la eficacia del milagro, lo esperamos todo de la lotería, ó del Gobierno, á quien se le atribuye toda la culpa de todos los males que sufre nuestro país; y mientras seguimos con nuestra abulia, sin hacer nada nuevo, por aquello de que «más vale malo conocido, que bueno por conocer» y «quién nos manda meternos en camisa de once varas» si «al que se mete á redentor lo crucifican».

Echamos la culpa de nuestro fatalismo á los árabes, quizá porque no son católicos; pero tenga la culpa quien la tenga el hecho es que la abulia existe, y que se puede remediar. Es muy cómodo culpar á los extraños de las desdichas que nos ocurren, imitando así á los malos estudiantes que explican su fracaso en los exámenes, diciendo que han tenido muy mala suerte y que el profesor les tiene rencor. También nosotros tenemos mala suerte, y además nos tiene rencor... Inglaterra (¿no es verdad, germanófilos?)

Hasta entre los pseudorevolucionarios abundan los abúlicos. Nada esperan de los santos, en quienes no creen, ni de los gobiernos, á quienes combaten; pero todo lo esperan del malhumor de un general que un día se enfada y se le ocurra montar á caballo. Y así se pasan los quinquenios vegetando en los casinos y limitando toda la actividad á las propagandas electorales.

En España ha habido muchos héroes, no porque hayan sido hombres extraordinarios todos ellos, pues la mayoría se ha limitado á cumplir con su deber; sino porque «en tierra de ciegos, el tuerto es rey», y en país de abúlicos, el cumplimiento del deber es un heroísmo.

Para regenerar á España hay que au-

mentar su bienestar material y moral, pero para ello hay que tener voluntad de hacerlo. Hay que hacer gimnasia de la voluntad, aprender á trabajar por sí, á bastarse á sí mismo, á salvar por los medios propios las dificultades que se presentan en el camino. Por eso me es simpática la institución de los exploradores.

Es preciso borrar del Diccionario la palabra *imposible*. Nada hay imposible para el hombre, pues con su voluntad puede llegar á hacer todo cuanto quiera. Hay que suprimir las frases fatalistas «esto siempre ha sido así y siempre lo será». Ninguna cosa ha sido siempre lo mismo; á lo sumo podremos decir que nosotros la hemos conocido sin alteración esencial, pero nada más. Nosotros siempre nos hemos conocido con vida y eso no quiere decir que hayamos de vivir siempre. Porque nosotros siempre hayamos conocido religiones y guerras, no hemos de afirmar que siempre ha de haber guerras y religiones.

Puede cambiar todo por la fuerza de la voluntad humana. Eduquémosla, sin desanimarnos por lo que digan los abúlicos, que disfrazan su abulia con pesimismo; sin dejarnos guiar por los pseudo-caracteres que cuando hay dificultades que vencer ocultan su abulia sacando á relucir su mal genio, pero que no resuelven.

Al mismo tiempo que hacemos hombres libres, hagamos también hombres tenaces, para que no titubeen ante el primer obstáculo que se presente, y si alguna vez se ven obligados á pactar con el enemigo, que su pacto sea un armisticio, pero no una capitulación.

F. R.

La gente del campo

La causa íntima de que resulte estéril é infecunda la propaganda republicana en España, se debe principalmente á que hemos olvidado á aquellos que constituyen el núcleo, nervio y base de la nación: los labriegos. Vano será nuestro empeño é inútiles nuestros esfuerzos si no volvemos la vista á los distritos rurales y empezamos á pensar en una política agraria que atraiga á nuestras ideas los campesinos, alejados de nosotros por la ignorancia, el fanatismo y la servidumbre.

En las populosas ciudades, el obrero es republicano en su mayoría. En cambio el trabajador del campo, ese pobre patán curtido por el sol, endurecido por el frío, sóbrio, duro, honrado, frugal, que apenas gana para comer, no tiene ideas políticas, porque apenas tiene ideas en su cerebro. Y, sin embargo, en él, en su ignorancia sostenida por el clero, y en su fuerza explotada como militar, se asienta sólidamente la Monarquía.

Quéjense los obreros de las ciudades generalmente con razón. Los labriegos ni aun se quejan: ¡si supieran formular una queja! ¡Qué de iniquidades se cometen con esos rudos campesinos! ¡A qué extremo se lleva la explotación de la gleba y sus siervos! Inmensas propiedades que podían alimentar holgadamente á millones de pequeños propietarios, déjanse baldías para recreo de un señor que acaparó aquello por la conquista, por la herencia del robo, ó que lo tomó de los bienes nacionales, que en vez de dividirlos el gobierno en pequeños lotes creando la pequeña propiedad, ha veni-

do á formar un nuevo feudalismo, más irritante y opresor que el antiguo. Andalucía, Extremadura, la Mancha, Aragón, Castilla, Madrid, etc., pertenecen á un corto número de propietarios, á esos senadores por derecho propio, á esos aristócratas que circundan el trono, á esos nobles tan ignorantes como la plebe y que en vez de explotar inteligentemente sus fincas, gastan su renta en la corte en vanidades y vicios.

Y mientras ellos gozan, mientras el lujo, el juego y la prostitución ocupan su vacía vida, allá en la aldea el pobre labriego sucumbe de miseria, apenas defendiendo sus carnes de la intemperie, no tiene leña cuando hiela ó nieva, porque el bosque pertenece al señor; no tiene carne, porque la caza es del coto del amo; no tiene tierras, porque el acaparador las tomó y prefiere dejarlas para pastos antes que roturarlas; no tiene más propiedad que la senda y el aire, porque hasta sus brazos son del que le alquila como bracero por un precio irrisorio, dándole el jornal estrictamente preciso para que no muera de hambre y prolongue su servidumbre cuanto su existencia permita.

Allí pasa la vida encorvado sobre el surco, detrás de un par de mulas, ó arrancando glebas con el azadón, mientras su frente gotea el sudor que riega el terruño del amo. ¡Y así eternamente! Y el domingo en la iglesia, el cura, que es un asalariado de la burguesía, le predica resignación, le impulsa á que levante los ojos al cielo para que no vea cómo sus señores se apoderan de la tierra. ¡Resignación! ¡Sufrimiento! ¡Dolor! Esa es la religión para los pobres. Pero ningún obispo imita esas máximas evangélicas; ningún cura cava, siega y labra, y sin embargo viven, engordan, huelgan y retozan con las mozas del lugar. El labriego sale al campo, y en la aldea quedase el sacerdote al cuidado de las mujeres.

Y si el campesino es un pequeño propietario, como tiene á la vista de la Hacienda su capital, satisface un enorme impuesto, que no puede evadir, por que el cacique le echa el reparto; y que no puede ocultar, como lo esconde el usurero y el rentista, eximiéndose de contribución. Y como la sequía, los pedriscos, las inundaciones, la langosta, son calamidades corrientes en los pueblos atrasados, cuando llega el alcabaleiro no puede pagar el impuesto, y el Estado, como es menor, no se para en barras, aprieta, recarga, y el labrador acude al usurero, que le presta á un interés leonino, pagadero á la recolección; de suerte que en pocos años, entre la usura y el gobierno, le echan de su casa y venden su campo, convirtiéndole en bracero ó en mendigo.

¡Cuántas fincas embargadas por el Estado van á manos del usurero, que se convierte en gran señor y noble acaso, porque siempre el latrocinio fué eficaz recomendación para ganar título y blason!

El problema agrario no lo puede resolver la Monarquía. El proteccionismo no ha servido más que para enriquecer á los grandes acaparadores, encareciendo el pan del pobre. En lugar de proteger, se roba á los hambrientos para dar á los hartos.

La cuestión agraria debiera ser la preocupación constante de los republicanos, porque en ella estriba el advenimiento y la implantación sólida de la República.

La República puede dividir la propiedad, repartirla, convertir esas inmensas heredades baldías en campos roturados que alimenten miles de familias. Ya en parte hizo algo de esto la Monarquía, vendiendo los bienes de la Iglesia. Con el mismo derecho conquie los fieles cristianos vendían sus bienes retenidos ilegítimamente en poder del clero, el pueblo que, con el sufragio universal es el soberano, el amo, puede gravar enormemente las grandes propiedades, puede recargar esos excesivos capitales puestos en manos muertas de los nobles ó de los burgueses, y pulverizando la propiedad, haciéndola asequible á todos, constituir una nación de trabajadores que vivan de la labor viva de sus manos, y con ella produzcan cien mil veces más riqueza que la que da el nada equitativo actual estado de la propiedad.

Suprimiendo censos de la Iglesia que aún los cobra; persiguiendo la usura; devolviendo á los Municipios los bienes de propios, mal vendidos por el Estado; repoblando montes; canalizando ríos á costa de la propiedad individual y como obligación colectiva ó nacional; entregando á los labriegos lotes de bienes del Estado mediante un préstamo pagadero en varios años; devolviendo las fincas embargadas á los pobres por no poder pagar el impuesto; extendiendo el crédito nacional á los Municipios que emprendan obras públicas de utilidad; suprimiendo los consumos y cargando esta contribución á los grandes capitales; prohibiendo cotos que dejan yermas las tierras colindantes; protegiendo el proletariado agrícola, peor tratado siempre que el industrial; dando á los desheredados algo que les sirva de herencia, instruyéndolos, educándolos, facilitándoles la producción de la riqueza, podrá la República, no sólo proporcionar un inmenso beneficio á España, sino establecerse sobre esa segura base que la gente del campo da á toda institución que en ella se apoya.

Esta clase agrícola sostiene y enriquece á la República francesa. En ella reside la fuerza de esa nación, inmovible ante los mayores desastres.

Es preciso variar de rumbo. La República no es una institución exclusiva para las grandes ciudades, ni para los industriales; debe ser para la nación, y la nación es casi toda ella agrícola. Ya es hora de que nos acordemos del labrador que nos da el pan y la carne; ya es hora de que contengamos esa sangría suelta de braceros que emigra por no poder vivir en España: ya es hora que devolvamos á los campesinos en obras útiles el dinero y los hombres que dan al Estado.

Aquí hemos copiado las formas antiguas de las repúblicas griegas, que sólo establecían el derecho del ciudadano, sin recordar que aquello ocurría ha más de veinte siglos. Las repúblicas de hoy deben ser para las naciones, para hombres libres, para señores, porque ya hoy todos somos señores y dueños del país en que vivimos.

Y como dueños y señores de la ciudad y del campo, del mar y de la tierra, debemos enseñar al labrador á convertirse en señor, en propietario, en amo suyo, en dueño de su riqueza y de su trabajo.

ESCUDER

CIEN SONETOS.
1 PESETA

Cine clerical

Era su sino

I

—¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Qué desgracia!

—Vamos, cálmese usted, D.^a Jesusa... Cuando la veo así, se me pone el corazón como una pasa. ¡Quién sabe! Puede que haya sido un capricho del momento...

—¡Mala hija! ¡Ingrata! Tanto como yo he sufrido por ella... Y ese pobre de Torcuato, que es un pedazo de pan, que se ha quedado con el corazón herido.

—Sí, es triste; pero los hombres ya se arreglan más tarde ó más temprano...

—Todo lo que usted quiera, pero esta charranada que nos ha hecho la Dorotea nos ha partido el corazón á los dos... Mátese usted por los hijos, ya ve usted el pago... Pero ¿esta indina á quién ha salido? Y tan disimulado como se lo llevaba... Y haber dejado que las cosas llegaran á este extremo...

—Creo que la boda estaba muy cerca.

—¡Señora! Ya estaban corridas las amonestaciones y todo el ajuar preparado, y hasta el piso buscado... El pobre Torcuato había comprado una cama preciosa.

—¡Qué chasco!

—¡Qué canallada! querrá usted decir... Mire usted: que no me la ponga Dios por delante, porque donde la encuentre la ahogo.

—¡Ave María! Al fin, señora, es su hija... Comprendo que á él...

—A él ya le sentará la mano el obispo, eso se lo jura á usted esta que le está hablando... ¡Ese garañón con sotana! Fíese usted de esta gentuza...

—De nadie, hija, de nadie. ¡Cómo está el mundo!

II

—Bueno, pero eso de la Dorotea, ¿qué ha sido?

—Una cosa la mar de chusca... La Dorotea se iba á casar con Torcuato, aquel ebanista del 11, y como tanto él como ella han vivido toda la vida como el pájaro, al vuelo, y se tenían que confesar y comulgar, y antes examinarse de doctrina, pues el coadjutor de la parroquia, aquel vizcaíno chato que mira tanto á las mujeres, se ofreció á instruirles un poco en ella por separado; al Torcuato lo tuvo listo en un par de días, pero á la Dorotea duró la cosa un par de semanas, y las entrevistas duraban dos y tres horas, hasta que una mañana la chica se descuelga diciendo que no se quería casar, y á los dos días se marchó á casa del coadjutor como ama de llaves. ¿Qué le parece?...

—Pues, nada, que de tal palo tal

astilla; por que ha de saber que la madre de la Dorotea dejó á su marido plantado, y se fué de ama con un canónigo de Valencia, y allí todo el mundo sabe que la Dorotea, pues, que no es hija de su padre...

—¿Qué dice usted?

—Lo que está oyendo, y sino ajuste usted la cuenta. Ella se marchó con el canónigo el 88 y el 90 nació la Dorotea...

—Eso no quiere decir nada...

—Pero sí quiere decir algo, que el canónigo era vizco, y la Dorotea también... Créame usted, era su sino; de casta le venía al galgo... Esta gente no puede salir de la Iglesia, lo llevan en la masa de la sangre.

—Y tanto como chilla la madre.

—Pues ya ve usted que peor fué lo de ella, por que al fin su hija todavía no estaba casada...

FRAY GERUNDIO

CARIDAD CATÓLICA... (!!)

«La caridad ardiente de una señora católica de ilustre prosapia espiritual, doña Dolores Romero», ha inspirado la obra más bárbara que vieron y verán los siglos, salvo la otra que en el barrio de Salamanca estaba levantando la marquesa de la Vega del Pozo. (Los títulos de la dama, son copiados de *El Universo*.)

En la obra se han invertido muchos millones. Más de tres millones de pesetas costó la parte de construcción.

Terreno, decorado, ornamentación, culto, administración... ¡Otra millonada!

Supongamos otros tres millones de pesetas. Seis millones no son «los muchos millones» que dice *El Universo*; pero son bastantes millones.

¿Objeto de la obra? Hospital para obreros; hospital de convalecientes, intitulado de San Francisco de Paula y que se ha levantado no lejos de otro hospital de convalecientes, espléndido también, aunque no tan provocativo y voluptuoso.

Este es administrado por las Hijas de la Caridad; aquel lo será por los Hermanos de San Juan de Dios.

Los enfermos serán los «dependientes y esclavos»: los frailes y las monjas serán los señores propietarios.

El nuevo hospital se ha preparado para 200 camas, cuyo coste anual, á razón de dos pesetas diarias, será de 146.000 pesetas. Los intereses de los seis millones invertidos en el edificio al 5 por 100, montarían 300.000 pesetas; más del doble de lo que costará la manutención de los enfermos.

A la inauguración, verificada el viernes último, asistió el representante del Papa, la familia real y notable concurrencia. El predicador fué nada menos que el famoso padre Estebanell, apóstol de Cataluña, ejemplo su-

EL "FALABA"



"Tenemos más suerte con los vapores de pasajeros que con los buques de guerra. No pueden disparar."

(Raemaekers.)

Ayuntamiento de Madrid

blime de todas las virtudes cristianas cuales son la castidad, la humildad, la pobreza y el desprecio de los honores mundanos; varón, como se ve, el más indicado para ceremoniar tal fiesta y tal obra.

Uno de los concurrentes nos envía esta observación:

¿No habría sido más cuerda D.^a Lola Romero, entregando esos millones á la *Fiesta de la Flor*, cooperando anónimamente á la empresa de la reina joven?

¿Cómo su director espiritual no le ha hecho advertir que con lo que costará la manutención de los enfermos, el entretenimiento del local y la administración, sumado á los intereses del capital allí enterrado y petrificado, habría habido lo suficiente para pasar un socorro diario de *seis pesetas* á los 200 enfermos?

Ya que lo hecho no tenga remedio, hay tiempo de remediar algunos de los vicios de tales instituciones.

Al efecto, doña Dolores podría informarse del tratamiento que en el Hospital rival del suyo reciben los convalecientes; si son para ellos los jardines; si se cumplen literalmente las prescripciones médicas; si la alimentación es lo limpia, sana y copiosa que procede; si aquello es más que un hospital de convalecientes, un manicomio de reclusos ó una cárcel de desdichados. Y á este tenor, puede informarse de si el Hospital es para los enfermos, ó si los enfermos son para el Hospital.

Si escarmentando en cabeza ajena, pone su hospital á salvo de tales peligros, diremos todavía que no hizo un hospital para los pobres, sino un panteón para su recuerdo; pero, cuando menos, atenuará la suerte de los que allí se dirán favorecidos.

EL MOTIN dedica su saludo á tal obra, reconociendo con *El Universo* que realmente la caridad que la ha inspirado debe ser muy ardiente, muy católica y muy espiritual. El mundo impío cree ver en tales obras católicas un monumento á la vanidad, un derroche de lujo insolente para los obreros y un paraíso para los frailes.

El sermón de San Ignacio

Entre los frailes y los jesuitas ha existido siempre un odio sacrosanto de dos mil demonios. Llena estaba de frailes la cristiandad cuando San Ignacio fundó la Compañía de Jesús, á quien en el *argot* eclesiástico se llama la *benemérita*, como á la Guardia civil, y, claro está, los frailes, que vieron en los nuevos clérigos unos competidores no despreciables, no perdonaron medio de desprestigiarles con la más santa intención del mundo, tarea no muy difícil porque los jesuitas no regateaban las ocasiones.

Los franciscanos, según los jesuitas, eran sucios, groseros, glotones y libertinos; y los hijos de Loyola, según los franciscanos, eran unos pillos redomados, estafadores sin rival y lo más selecto de la hez católica, en la que abunda todo lo peor gracias á Dios y para que más brille su misericordia.

En la villa de X... existieron en tiempos pasados dos conventos, que no eran gran cosa para villa tan devota, uno de franciscanos y otro de jesuitas. Como la alabanza propia envilece, el día de San Francisco predicaban el sermón á los frailes los jesuitas, que aprovechaban la ocasión para tirarles unas puyas, y el día de San Ignacio sucedía lo mismo á la inversa.

Aquel año un franciscano andaluz prometió á sus hermanos poner á la Compañía como nueva, sin que los jesuitas pudieran protestar.

La espectación era grande, la función religiosa espléndida, la escama de los jesuitas no pequeña.

El fraile comenzó su sermón haciendo un elogio de la humildad de Jesús, diciendo:

—Todo lo peor y lo más malo estuvo siempre al lado de Jesús: tanta era su humildad, tanto su amor á los pecadores. Nace Jesús y nace entre animales. ¡Qué compañía la de Jesús! Niño, escondido en un taller, le rodea lo más vil, lo más bajo, lo más abyecto; ¡qué compañía la compañía de Jesús! Siempre e tre avaros, disolutos, adúlteras, prostitutas; ¡qué compañía la de Jesús! Predica entre leprosos, mendigos, y va siempre rodeado de la hez del populacho; ¡qué compañía la de Jesús! Toda su vida acompañado de lo que más asco causa, de lo que más repele, de los seres más corrompidos, de las mujeres más envilecidas; ¡qué compañía la de Jesús! Finalmente, muere entre ladrones; ¡qué compañía la de Jesús!...

Los jesuitas bramaban de ira, la gente se daba con el codo, los franciscanos reventaban de risa.

Jamás desde entonces volvieron los frailes á predicar el sermón de San Ignacio.

Carta de un condenado

Amigo Antonio: No tuve tiempo de despedirme de ti antes de partir para la otra vida. Ya sabes que era yo lo que se llama un buen cristiano y un buen padre de familia. Toda mi vida terrenal la pasé trabajando, primero para mantener á mis padres, después á mis hijos. No conocí los vicios, ni siquiera las diversiones. Cumplí los mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia. Y, sin embargo, aquí me tienes sumergido en una caldera de aceite hirviendo en la sala número 3 de condenados. Mi condena no pudo ser más justa.

Cuando me acometió aquel ataque que me hizo crisar los nervios y crujir los huesos, solté dos ó tres expresiones de mal gusto, y después... después di el último quejido sin haber tenido tiempo material de confesarme. No lejos de mí, condenado á cremación eterna, está otro infeliz que pereció en un incendio por haber querido librar de él á dos criaturas. Por el mismo delito que yo fué condenado á las penas ligeritas que por aquí nos aplican. La justicia absoluta resplandece hasta en los antros del infierno.

Por haberle parido á uno su madre dos días más tarde ó dos días más pronto de la cuenta, se puede encontrar á su muerte entre coros de ángeles y nubes de incienso ó hecho menudillo por los tridentes de Satán. Aquí, muy cerca de mi caldera, hay una *paella* de golfos mayores de siete años. No hay que decirte que vivieron siempre entre la crápula y la miseria. Sus padres no se cuidaron de hacerlos entrar en una iglesia en toda su vida. En cambio, muchos compañeros de ellos que no habían llegado á los siete años se encuentran en la gloria celestial.

Ayer fué descuartizado por primera vez un obrero andaluz de los que han perecido de hambre durante la pasada sequía. Según por aquí se decía, cuando daba las últimas boqueadas juraba como un condenado.

Vosotros no podéis comprender los designios inexcusables de la Providencia. Os parecería una injusticia que D. Paco, aquel usurero de la calle de Platería que murió el año pasado, y que robaba á todo el mundo y cobraba el 60 por 100 de interés, entrara en el cielo precedido de música y ángeles. Pero D. Paco, que era ladrón, estafador y de los siete pecados capitales conocía y practicaba lo menos seis, en su última hora confesó sinceramente, y como tenía bastante dinero, tuvo la bendición apostólica, vistieron su cadáver con el hábito del Carmen y se dijeron en sufragio de su alma unos oficios que por sí solos salvaban al hombre más corrompido. Pero, amigo, de estos entran pocos en libra. Porque la generalidad de los hombres se condenan. La Humanidad camina hacia el infierno. Calcula que son muy pocos los católicos que hay en el mundo, y en cambio piensa el número de chinos, de japoneses, de moros, de protestantes, de salvajes que por haber nacido fuera de la religión deben alojarse por estos antros de martirio. Se salvan muy pocos: los del Comité de Defensa Social, los ajusticiados que se arrepienten á última hora, los presidarios de España, que figuran todos como católicos, según la estadística, y doscientos mil curas, frailes y monjas que por no querer arar la tierra ó fregar platos han sentido vocación para conquistar almas.

En el infierno ya no cogemos todos. Satanás ha pedido autorización al Padre Eterno para ensanchar los locales, porque estamos como sardinas en banasta. Las parrillas resultan pequeñas para tanta gente como debe tostarse y los demonios no pueden imponer su autoridad á tanto condenado que entra y sale de las calderas cuando le da la gana. Ninguna sentencia se cumple al pie de la letra, porque no hay bastantes verdugos con cuernos y rabo para tanto condenado.

Todavía, amigo Antonio, estás á tiempo. Si no quieres tostarte eternamente como la mayoría de personas decentes y honradas que entran diariamente en el infierno, vive prevenido. No importa que robes, como D. Paco, el usurero, ni que mates á tu prójimo, y aun á tus parientes; pero es preciso que confieses y comulgues con frecuencia. No sea cosa que después vengas á hacer compañía á Pi y Margall, á Zola y á las personas sabias y virtuosas que se han condenado por haber muerto impenitentes.

Me hallo muy contento, en medio de las penas á que estoy condenado, de conservar el cuerpo incólume, pues he pensado muchas veces los apuros que pasarán los que mueren destrozados ó aniqui-

lados, para buscar después de años mil sus carnes, ya descompuestas y transformadas, el día que deban presentarse muy bien arreglados, en el Valle de Josafat. Aquí, á pesar del fuego eterno, de la descuartización y de las parrillas, conservamos un cutis tan fino y tan blanco como el de las once mil vírgenes en su juventud.

Adiós; ya viene Satán con la pala para dar vueltas á los condenados de nuestra caldera, y no me permitiría escribir más.

Hasta el Valle de Josafat se despide de ti tu condenado amigo,

Justo Gaido

Por la copia,

MIGUEL SENTIES

RECOMENDACIONES PARA EL INFIERNO

Por el mismo conducto que los creyentes en toda religión positiva saben cuanto ocurre en su Cielo respectivo, comencé yo hace tiempo á recibir noticias del Infierno que me confirmaron en lo que venía sospechando; esto es, que en la frontera de aquel dilatado Reino se ven presa de la mayor de las confusiones los aduaneros, cada vez que llega una expedición de españoles.

Si son clericales no vacilan en dejarlos pasar en el acto, seguros de que no se le colará ninguno de matute, pues todos merecen la condenación eterna; pero si son impíos, se encuentran á menudo con este problema: que el aspirante á condenado cumplió en la Tierra con todas las de la ley para entrar dignamente allí, pero que su familia, cuando él ya no recapacitaba, llamó á un cura que le administró la extremaunción casi en frío, ó bien hizo correr la voz después de muerto, de que había manifestado á última hora deseos de reconciliarse con la Iglesia, y, por consiguiente, debía ser enterrado en el cementerio católico.

Y como en el Infierno todo se sabe, por tener en todos los planetas habitados casi tantos espías como el imperio alemán en éste, consultan los registros, que allí se llevan con gran escrupulosidad para evitar hasta la sospecha de una injusticia, y en vista de los antecedentes oficiales de cada recién llegado, se acuerda la admisión; pero si no concuerdan con las últimas noticias recibidas del sujeto, la duda y la perplejidad se apoderan de los que han de facilitarles la entrada.

Al saberlo yo, y para impedir que traspase nadie las fronteras de aquel continente sin acreditar su derecho, me dirigí, en cumplimiento de mi deber de embajador de Su Majestad Infernal, Don Satanás 1.º (y último), á su ministro de Estado, pidiéndole autorización para proveer de pasaporte á todos los que acreditaran debidamente ante mí aquel derecho, entregándole además una tarjeta de recomendación con el escudo del Infierno, firmada y rubricada; y, para evi-

tar probables falsificaciones, con mi retrato al pie.

Contestóme inmediatamente Su Exceleucia que había dado cuenta de mi petición en Consejo de ministros presidido por Su Majestad Infernal, y que por unanimidad me había sido concedida la autorización; pudiendo, por consiguiente, proceder á la tirada de ambos documentos identificadores.

Y obediente yo á cuantas órdenes emanan de tan bajas regiones, he procedido inmediatamente á la impresión del pasaporte y la tarjeta, y dentro de poco podré ofrecer ambos documentos á los que deseen trasladarse al Infierno sin exponerse á sufrir molestias ni vejaciones en los planetas neutrales que atraviesen, ni á que al tocar su frontera se encuentren detenidos como sospechosos, por haber sus familias dejado de cumplir su última voluntad cuando ya estaban dando las boqueadas ó con el cielo de la boca como un carámbano.

Cuando vea lo que me cuestan esas dos nuevas pruebas de mi interés por allanar á mis compatriotas el camino del Infierno, les fijaré un precio módico para ponerlas al alcance de todos los impíos y lo anunciaré en El MOTIN.

No pudiendo imprimir más libros de propaganda para impulsar la emigración hacia aquel Reino, pondré por lo menos á los ya convencidos en condiciones de hacer el viaje lo menos incómodamente posible y de que no les pongan dificultades á la llegada.

¡Siempre desviviéndome por la condenación eterna de los españoles de cerebro limpio!

APELEMOS A TODO

Me entero al cerrar este número de que ha sido incoado proceso en el Juzgado de la Universidad de Barcelona, para depurar las responsabilidades que se deriven de la muerte del periodista Santos Muñoz en la Cárcel; y que han declarado ya en él los directores de *El Progreso y Solidaridad Obrera*, el exdiputado D. Emiliano Iglesias, el director de *Los Miserables*, Fernando Pintado, preso aún, y sus compañeros, en libertad desde hace pocos días, Luis Capdevila y Mateo Santos, así como varios reclusos.

No me parece mal; pero como aquí los procesos se eternizan, y hay que prevenirse contra nuevos y probables atropellos, convendría que Castrovido, que ha tomado á su cargo el noble empeño de combatir estas iniquidades, hiciera lo posible para que se nombrase una comisión parlamentaria que fuera á enterarse de lo que ocurre en la cárcel de Barcelona y á garantizar contra futuras venganzas á

los presos que deseen hablar y no se atrevan.

Es asunto este que bien merece la pena de que los periodistas apelemos á todos los medios para precavernos contra los carceleros que odian á todo el que maneja la pluma y se complacen en el sufrimiento de los que caen bajo su férula.

FUERA DE LA LEY

Así están en España los frailes.

¿Hay quien lo dude? Pues lea este decreto de 29 de Julio de 1837, no derogado aún.

«Doña Isabel II, por la gracia de Dios y por la constitución de la monarquía española, Reina de las Españas, y durante su menor edad la Reina viuda doña María Cristina de Borbón, su augusta madre, como gobernadora del reino, á todos los que la presente vieren y entendieren, sabed: Que las Cortes han decretado y Nos sancionado, lo siguiente:

«Art. 1.º Quedan extinguidos en la Península, islas adyacentes y posesiones de España en Africa, todos los monasterios, colegios, congregaciones y demás casas de religiosas de ambos sexos.»

«Artículo 3.º Se autoriza al Gobierno para que provisionalmente y donde lo juzgue necesario, mientras se provee por otros medios á la enseñanza, conserve algunas casas de escolapios; pero estas casas no se considerarán ya como comunidades religiosas, sino como establecimientos de instrucción pública, dependientes del Gobierno, que les dará reglamentos para su régimen interior y con sujeción en cuanto á la enseñanza á los planes generales que rigen o rigieren en adelante.»

«Art. 14. Se prohíbe á las personas de ambos sexos el uso público del hábito religioso.»

«Art. 20. Todos los bienes, raíces, rentas, derechos y acciones de todas las casas de comunidad de ambos sexos, incluso los que quedan abiertos, se aplicarán á la caja de amortización para la extinción de la deuda pública, quedando sujetos á la carga de justicia que tenga sobre sí. Los muebles de las casas que continúen abiertas, quedarán en ellos para su uso, formándose el correspondiente inventario.»

«Art. 24. El gobierno podrá destinar para establecimientos de utilidad pública los conventos suprimidos que se consideren á propósito.»

«Por lo tanto, mandamos á todos los tribunales, justicias, jefes, gobernadores y demás autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas de cualquiera clase y dignidad, que guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar la presente ley en todas sus partes. Trendreislo entendido para su cumplimiento y dispondréis se imprima, publique y circule.—YO, LA REINA GOBERNADORA.—Rubricado de Real mano.—En Palacio á 29 de Julio de 1837.»

Recuerdo haber oído alguna vez que antiguamente, cuando cualquier ciudadano estaba fuera de la ley, le

era permitido á los demás cazarlo sin responsabilidad ninguna, antes bien cotizándose como mérito.

Me alegro que se aboliese el atroz procedimiento, tanto como lamento que no rija el decreto á que me he referido, y que he recordado por si soprase cualquier día una hora de buen viento sobre España. Quiero desvanecer á tiempo los escrúpulos que mis compatriotas pudieran abrigar respecto á si tenían derecho ó no á desahuciar de sus viviendas y expulsar de nuestro territorio á los seráficos varones que hoy tratan á España como país conquistado.

Sí, sépanlo de una vez y para cuando se presente la ocasión apetecida.

Pueden, en cumplimiento de la ley, señalar sin remordimientos á los frailes el camino de la frontera.

LA BUENA PRENSA

Llega á mis manos una hojita de papel del tamaño y suavidad precisas para emplearla con éxito en la limpieza de la parte del individuo que más funciona cuando toma un purgante. Se titula *El Legionario*, y lleva la fecha del 21 del actual.

Y empieza así:

¡El gran día de la Prensa católica!

129 DE JUNIO!

¡POR EL PAPA! ¡POR LA PRENSA!

«¡Hermoso día el 29 de Junio!

La Iglesia lo ha consagrado á la memoria de las dos más ilustres lumbreras del Apostolado, los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo.

El pueblo cristiano lo ha escogido preferentemente para las más espléndidas demostraciones de su cariño y filial devoción al Papa.

España añade á dicha fecha un nuevo timbre de solemnidad, fijando en ella con plausible acuerdo la celebración de la gran fiesta anual á favor de la Prensa Católica.

Desde el amanecer del día 29 de Junio el Papa y la Prensa han de absorber completamente nuestros pensamientos y nuestras ilusiones. Hoy todo, absolutamente todo, por el Papa y por la Buena Prensa.»

A continuación de esto viene lo que llama *El Programa* del día (el 21), y que consiste en comulgar y soltar la mosca á cambio de una indulgencia plenaria; y para que los católicos no se hagan los *lilas*, les suelta estos parrufitos:

«Incompleto y estéril resultaría nuestro homenaje en este gran Día de la Prensa y del Papa si rehusáramos el modesto sacrificio de nuestros haberes que en nombre de la Religión hoy se nos pide.»

Todos, pues, á la iglesia en este hermoso día, y nadie con las manos vacías.

«He aquí un número muy principal del programa que todo buen católico debe realizar en celebración de este gran *Día de la Prensa*. Todo católico debe pasar hoy revista á todos los papeles y publicaciones que entren en su casa, y dar el pasaporte á todas las que lleven la *señal de*

la bestia, y la bestia es el sensualismo, el indiferentismo, el liberalismo. El que en tiempo de guerra favorece al enemigo ó le proporciona municiones, es un traidor. Las municiones de esos periódicos enemigos son *la perra chica*. ¡Fuera de casa el periódico que no está por Cristo!»

En el número próximo continuaré hablando de la Buena Prensa.

Hasta tanto, recomiendo á la liberal que siga anunciando el santo del día y los cultos que en cada iglesia se celebran para no disgustar á los clericales.

PERDER EL TIEMPO

La Junta de Defensa de la Aldea de San Nicolás (Canarias), ha telegrafiado al ministro de Gracia y Justicia, denunciándole la conducta del párroco de aquel pueblo, el ya famoso señor León Llarena, y la de su protector el obispo de la diócesis, quien, desatendiendo las justas quejas de aquel vecindario, harto de soportar al mencionado párroco, no hizo caso de la respetuosa instancia que le dirigió.

También telegrafió al ministro de la Gobernación, al gobernador de la provincia y al jefe de la Comandancia de la Guardia civil de Canarias, doliéndose de que con apariencias de legalidad, se ponga á los guardias al servicio del caciquismo, que ha tomado al Cuerpo como un elemento más de amenaza contra los pacíficos vecinos de aquella localidad.

Al propio tiempo telegrafió á la prensa madrileña y á algún otro diputado á Cortes dándoles cuenta de lo que ocurre.

Sabe perfectamente la Junta de Defensa de la Aldea, que no ha de obtener que se estudie y defina con calma y espíritu de justicia lo que allí hace la caciquería á las órdenes del párroco; pero su propósito es que todos cuantos deben estarlo, se hallen informados de los sucesos, tal cual vienen desarrollándose, por si sobreviniere algo desagradable, sepan todos quién es el responsable.

No se puede obrar con mayor corrección; pero no olviden que estamos en España, donde contra el caciquismo no hay razones, y menos si es eclesiástico.

Se lo advierto para que no fíen mucho en las promesas de remedio que les hagan, si es que llegan á hacerles alguna, y no confíen en que se les hará justicia si un día se ven provocados y se colocan en actitud resuelta.

No habría más que un medio para combatir á ese párroco-cacique: castigarlo en el bolsillo, acudiendo á lo civil para casarse, inscribir los hijos y enterrar los muertos; pero como seguramente los vecinos de Aldea de San Nicolás no se atreverán á ponerlo en práctica, estoy por profetizarles

que el cacique eclesiástico seguirá burlándose de ellos.

A LA JUVENTUD

Jóvenes, ved mi ejemplo. Lo he recibido en medio de las luchas; he consagrado mis días al amor de la Verdad. Y si soy una gloria es porque he osado levantarme hasta ella. Cada una de mis obras ha sido un combate empeñado contra la ignorancia y la estolidez. Hoy tengo la alegría de haber hecho retroceder un paso al convencionalismo. Imitadme pues; proseguid la obra donde la edad me obliga á abandonarla; ahondad más el surco, si podeis; caminad hacia todas esas verdades que yo he sentido y no he podido decir.

Así continuaréis la labor humada, la labor de los siglos que es marchar hacia la luz. Sólo á ese precio seréis grandes un día.

EMILIO ZOLA

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en el estró en el 25 por 100 de rebaja.

Libros en venta

Virtudes del clero

POR

José Nakens

Precio: UNA peseta

E. RODRIGUEZ-SOLIS

Historia de la prostitución

en España y América

QUINCE pesetas en rústica

Historia del partido republicano español

(De sus tribunos, héroes y mártires)

VEINTE pesetas en rústica

Quedan poquísimos ejemplares. Para los suscriptores de EL MOTIN 25 por 100 de rebaja.

Para recibirlas francas de porte, y certificadas, añadir 50 céntimos.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID